

**La transferencia en el análisis de niños:
de la novela a la historia ***

Myrta C. de Pereda, Aída fernández,

Mercedes F. de Carbarino, Daniel Gil,

Vida M. De Prego, Gloria Mieres, Isabel Plosa

En este trabajo planteamos la revisión del concepto de transferencia en el análisis de niños, sustentado por un lado en nuestra práctica, modelada por esquemas referenciales de origen kleiniano y por otro en la apertura que significa la relectura de Freud realizada por la escuela francesa.

Para esta tarea hubo de efectuarse un doble proceso: por una parte exponer —“arriesgar”— un modelo de pensamiento (¿sistema?) a una nueva concepción, y, al mismo tiempo, atreverse a realizar un trabajo de lectura, es decir, la apropiación de este nuevo pensamiento para confrontarlo, enfrentarlo, con aquel en que nos habíamos formado. Esto no constituye sólo una prueba intelectual, sino también afectiva, para la capacidad de “trasgredir” y “ser infieles”.

Del lado de lo ya conocido se nos ofrece un escenario donde el niño y el analista juegan todos los papeles, mientras que para M. Mannoni⁴ —siguiendo a Lacan— “la cuestión no consiste en saber si el niño puede o no transferir sobre el analista sus sentimientos hacia los padres [. . .] sino en lograr que el niño pueda salir de cierta trama de engaños-que va urdiendo con la complicidad de los padres. Esto sólo se puede realizar si comprendemos que el

* Presentado en el Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis. México, 1978.

discurso que se dice es un discurso colectivo: la experiencia de la transferencia se realiza entre el analista, el niño y los padres.”

El aporte teórico y clínico de M. Mannoni sobre la transferencia se nos hizo comprensible al articularlo con los tres tiempos del Edipo que desarrolla Lacan. M. Safouan 7 dice: “Edipo no es el mito sino una *estructura* de acuerdo con la cual se ordena el deseo en la medida que constituye un efecto de la relación del ser humano no con lo social sino con el lenguaje.”

Nosotros pretendemos reexponer la transferencia tal como la sustenta Mannoni a partir del concepto de Lacan de los tiempos del Edipo como estructuras no sólo cronológicas, sino lógicas, constituyentes del sujeto. En este sentido el trabajo no es una exposición del pensamiento de Mannoni sino cómo lo comprenderemos dentro de esa perspectiva, es decir no somos fieles (literales) a Mannoni, sino que buscamos una construcción teórica.

Lo que caracteriza el *primer tiempo*³ es el de ser una relación dual de tres términos: la madre, el niño y el falo. Allí el niño es el objeto de deseo de la madre y trata de identificarse con lo que es el objeto del deseo de la madre; es el deseo de deseo... “Pero hay en la madre el deseo de algo más que la satisfacción del deseo del niño; detrás de ella se perfila todo ese orden simbólico del que depende, y ese objeto predominante en el orden simbólico, el falo... El niño no es tanto sujeto como sujetado, tanto más sujetado a su madre en la medida que él encarna su falo.”

Segundo tiempo: El padre interviene como privador de la madre, en un doble sentido: en cuanto priva al niño del objeto de su deseo y en cuanto priva a la madre del objeto fálico, a través de una prohibición proveniente de una ley omnímoda.

Tercer tiempo: el padre interviene *como* aquel que tiene el falo y no que es tal, reinstaura la instancia del falo como objeto de deseo de la madre y ya no como objeto del que puede privarlos como padre omnipotente.

¿Cómo está estructurado el primer tiempo del Edipo para entender la relación niño—madre en el caso que el niño sea diagnosticado como psicótico psiquiátricamente?

Lo nodal es que la madre tiene un problema en su propia estructura edípica que se juega en la relación con el niño, en la medida que éste no es reconocido como hijo, sino como su falo. Ello implica que si el hijo *encarna* el falo, ella no ha podido simbolizar el falo. Lacan 3 dirá que en la madre del primer tiempo del Edipo, en su inconciente, está simbolizado el falo. Esto no ocurre en la madre del niño psicótico y si el falo no está simbolizado en su inconciente, no hay lugar para que ella cumpla con la función mediadora por la cual se introducirá el Nombre del Padre. Así como el niño es el falo para la madre, la madre será el Otro para el niño., pero un Otro como una ley omnímoda, el Otro absoluto... ella es la ley.

En esta situación planteada, ¿dónde se ubica el analista? Mannoni dice que el analista inviste narcisísticamente a la madre, y a través de la palabra y la mirada la inviste *como tal*, es decir la reconoce como madre. [La mirada es presencia ante Otro (imagen—figura) y por la palabra se introduce en la cultura, es decir la ley; Sólo en esta intervención (mirada y palabra) del analista desde lo simbólico la madre es introducida en lo imaginario. Para que se establezca el yo (moi) es necesario que la madre mire, desee al hijo.]. *Reconocería como madre es dar existencia al hijo*, lo que hace que éste deje de encarnar el falo,, introduciendo a la madre en la metáfora paterna. Con ello queda enfrentada a la castración; Esto lo hace el analista hablando desde el lugar del Otro: del Otro simbólico Da palabras a un discurso familiar no dicho, o dicho y ocultado en los síntomas. Con esto el niño se ubica no como sujetado sino como sujeto.

“Gracias a esa relación imaginaria podrá la madre reinvestirse como madre de un niño (reconocido por un tercero como separado de ella) y podrá luego ponerse en marcha otro movimiento en virtud del cual el niño como sujeto de un deseo se internará por su propia cuenta en la aventura psicoanalítica.”⁴

Pensamos que el analista no se incluye como objeto de la pulsión, está en la escena pero se sustrae de ubicarse en la posición de objeto “a” y sólo, tiene lugar hablando desde el lugar del Otro. No personificándose dará palabras al discurso familiar, a la relación dual madre—hijo. Dar palabras al discurso familiar es poder decir lo que cada cual representa “para el otro.

R Kaës (citado por D. Anzieu en “Le groupe et l'inconscient”, p. 40) establece en un grupo distintos tipos de relaciones y por lo tanto las transferencias se realizarán de acuerdo con esas relaciones. Ellas son:

- transferencia entre los participantes y terapeuta(s)
- transferencia entre los participantes entre sí
- transferencia de cada participante con el grupo tomado como un todo

Pensando en la situación terapéutica del análisis: del niño psicótico que acude con sus padres entendemos que se dan también diferentes vicisitudes transferenciales.

Denominamos *transferencia central* (T) la que se realiza hacia el analista, siendo las restantes las transferencias laterales (t).

Señala Mannoni que “el analista trabaja con varias transferencias”. A estas las denuncia y puede hacerlo en cuanto la interpretación está apoyada en la fuerza: de la transferencia central que se realiza sobre él, pero que en este momento no interpreta.

En la estructura correspondiente al primer tiempo del Edipo en un niño psicótico, no existe transferencia entre éste y el analista. (El niño tiene una neurosis narcisista.) Lo que existe; son transferencias laterales entre el núcleo familiar, transferencias que dan a cada cual un papel determinado en el discurso de la familia. En tanto no pueda emerger su deseo (por no ser sujeto deseado), no hay palabras para el niño, sólo es síntoma. Por ello el niño no establece transferencia con el analista, es la madre y el resto de la familia los que establecerán relación transferencial con el analista (T) y entre sí y con el grupo (t). Es la transferencia central la que dará fuerza a la interpretación analítica aun cuando en este momento dicha transferencia no se interprete.

Al hablar, el analista se crea como tercero, como Otro que instauro la ley, y que por su función mediadora introduce lo simbólico y la castración, separando a la madre del hijo.

El segundo y tercer tiempos del Edipo, que caracterizan al niño neurótico, permiten trabajar la transferencia central como es concebida habitualmente. Con esto no establecemos un criterio cronológico sino momentos estructurales

que es posible que se generen desde el momento que se establece la dialéctica entre lo imaginario y lo simbólico creado por la presencia del analista y hablando desde el lugar del Otro.

En este primer tiempo del Edipo, pensado para el niño psicótico, la madre y el niño forman una unidad narcisística donde el niño es el falo de la madre. Subrayamos el es puesto que ello implica que no está en lo imaginario pero pertenece a él (unión narcisista). [Diferencia del *en sí* y *para sí*. Lo imaginario se constituye *como registro* dentro del movimiento dialéctico con lo simbólico. En el momento descrito no hay resto entre “esto” y lo *real*, no hay lugar para la *representación*, de ahí que el niño no represente el falo sino que lo *sea*, lo *encarne* por un movimiento metonímico que no da lugar a ninguna metáfora.] Esto remite al estadio del espejo. Es un estadio del espejo sin mirada. El niño no se ve mirado y eso es como si no existiera en el espejo. Hay sólo narcisismo (madre—hijo) y lenguaje paranoico. En el espejo el niño se ve en la medida que ve a la madre y ve que la madre lo mira mirarse. Así el niño *existe*. Si no se produce este intercambio de miradas y este reflejo de miradas, el niño no se ve.

La interpretación introduce la ausencia y la diferencia. Fruto y reconocimiento de lo real, al hablar desde lo simbólico, instaure lo imaginario. Rompe la ilusión narcisista y aparece lo simbólico, lo imaginario y lo real; la imagen y el cuerpo fragmentado.

Instaura el estadio del espejo y hace surgir el deseo de la madre sobre el hijo, aun *como* falo. Sabemos que el psicótico no es mirado por la madre como objeto de su deseo. Eso es lo que hace emerger el trabajo analítico en este tipo de paciente. Y ya no es un paciente, es la dupla madre-hijo, es el discurso familiar.

Así como surge el deseo de la madre hacia el hijo, en éste se crea el deseo de deseo, es decir el deseo de ser amado. Es un deseo alienado en el deseo de la madre, pero es el primer momento fecundo en que emerge el deseo propio. Así como puede reconocerse como imagen unificada en el espejo, es cuerpo unificado, es *moi* naciente, porque hay un deseo.

Esto puede hacer surgir la idea de un poder mágico de la palabra (imaginario). La diferencia entre el “medical man”, el curandero, el chamán y el hipnotizador con el psicoanalista está en que los primeros son producto de una cultura (dependen del lugar, del momento histórico), y que al mismo tiempo fomentan la ilusión, la mantienen.² El psicoanalista reconstruye y desilusiona y así instaura la modificación al ubicar al sujeto frente a la castración y el deseo. Aquellos curan por el poder de lo imaginario, el psicoanalista renuncia a él para, a través de esta renuncia, tener un poder sobre lo imaginario, es decir el poder de lo simbólico. ⁵ Aquellos *hacen creer*, el analista en un primer momento *deja creer* que es “le su jet suposé savoir” para que se explaye la transferencia.⁶ Deja creer, es decir se ofrece o se presta a ubicarse en el lugar del objeto *a*. [Estos aspectos se encuentran más desarrollados en otro trabajo, realizado por algunos de nosotros (M. Pereda, D. Gil y F. Schkolnik), que se titula “Entre la repetición y la ausencia” y se publica en este número de la *Revista*.]

El analista, frente al paciente psicótico habla desde lo simbólico y desde allí reconoce las transferencias del discurso familiar, como algo que corresponde a lo imaginario. Las hace entrar en escena: la escena de la situación analítica.

El discurso familiar, aun en su relato individual, es una novela: es la novela familiar. [No utilizamos el término novela familiar en el mismo sentido que Freud lo utiliza desde la correspondencia con Fliess hasta el trabajo “La novela familiar”. Con esta denominación significamos el guión urdido por el grupo familiar que da cuenta del papel que ocupa cada cual en él.] Es ante el analista, desde el lugar del Otro, donde se va a hacer la historia.

La historia se hace en el encuentro. El conocimiento que se elabora del pasado está en relación directa con el presente. “La historia es presencia ante otro, animada por una voluntad de reencuentro y de explicación. Es tina comunicación sin reciprocidad.”¹ El Otro no es respondiente. El psicoanálisis ha abandonado el ideal positivista de reencontrar una Historia. Desenmascarando lo imaginario y el yo (*moi*) en su función de desconocimiento, emergen el sujeto, el *je*, sujeto de su deseo ya no sujetado, enfrentado a la castración (esquema *L* de Lacan).

¿Qué lugar ocupará el analista en estos tiempos?

El analista ocupa siempre un lugar que es el lugar del Otro, pero además, en el segundo y tercer tiempos “se presta” a ocupar el lugar del objeto “a”; se desplegará una situación transferencial no sólo entre sí, sino también con el analista, incluyéndose en el vínculo transferencial también al niño “psicótico”.

En ausencia de la palabra mediadora de la madre, que al transmitir la ley da un lugar al padre, el niño queda apresado en la relación dual. El analista se ubicará en un lugar tal que al mismo tiempo que permite que se repita esta relación dual con él, la explícita, no siendo entonces sólo acto (síntoma), sino también palabra. Al mismo tiempo que al repetirla la afirma, al denunciarla la niega, negándose también él en su posición de “madre”. Si el analista puede “crear” el estadio del espejo, al introducir lo imaginario y lo simbólico con; la palabra, reubica a la madre “como tal” (“invieste narcisísticamente a la madre”)⁴ y permite que ésta ocupe la función mediadora, que da lugar al padre, al darle ella un lugar. Esto posibilita el pasaje al segundo y tercer tiempos del Edipo. Con ello da lugar al padre, como se puede ver en el siguiente ejemplo:

Es un niño de: 4 años y medio que se ha tomado en análisis individual pero queden las primeras sesiones no: puede separarse de la madre y debe entrar con ella. Ubicado en la sala de juego se dirige a su madre en voz baja, dando la espalda al analista. Fue interpretada la situación como que sólo puede estar con la madre sin integrar otra figura. Comienza a dirigirse al analista hablándole ahora a él en voz baja y dándole la espalda a la madre. Al mostrarle la repetición de su conducta, habiendo sustituido a la madre pero jugando los mismos papeles, conducta que está sustentada en la fantasía de ser una parte de la madre, el niño comienza a hablar del padre y puede dirigirse al analista y a la madre. En sesiones siguientes comienza a entrar solo.

Si bien este no es un ejemplo tomado de un niño diagnosticado como psicótico, esta relación dual corresponde estructuralmente al primer tiempo del Edipo.

Pensamos con Mannoni que en la transferencia el guión ya está dado,⁴ cada cual tiene un papel asignado, pero aquí se introduce el analista y sobre él se redistribuyen las cargas y se removilizan hacia diferentes puntos. El analista

pasa a ocupar distintos papeles; esto enloquece a la familia. Se quiebra la estereotipia, el guión estalla y puede emerger el secreto de la familia. Desde el lugar del Otro se nace hablar al Sujeto.

Durante el tratamiento de un niño de tres años (diagnosticado por un psiquiatra de psicótico) con el grupo familiar, hacia el cuarto mes de iniciado vemos en una sesión expresarse en toda su amplitud la locura familiar. La familia ha concurrido hasta la casa del analista pero deciden entrar solamente los padres y su hijo, permaneciendo en el auto la hermana, una amiguita de ésta y la empleada. La madre se dirige rápidamente hacia el consultorio mientras su hijo llora y grita en la calle llamando a la empleada y a la amiguita. El padre hace entrar a su hijo a la fuerza y luego sale a llevar el auto una cuadra más abajo. Vuelve a casa del analista y se sienta en la sala de espera. El niño sale del consultorio llorando y el padre le dice que llevó a los demás a su casa; el niño insiste que entren todos demostrando no creer lo que el padre le había dicho; al fin éste cede y le dice a la madre, “Andaba buscarlos”. Ella responde, “Anda tú”, mientras queda sentada en el consultorio.

Una vez que entraron todos el hijo cesa de llorar, deambula por la habitación, las dos nenas juegan a “tomar el té”, la madre habla de sus problemas de nacionalidad, el padre permanece sin decir una palabra y la empleada comenta: “Así pasa, todos los días en casa”. El guión que venía preparado de antemano se resquebraja, se objetivan en esta oportunidad los intercambios de papeles y de lugares de cada uno de los integrantes. F deja en esta ocasión de ser el loco, para ser aquel que emite un mensaje.

En ciertos casos de psicosis infantil el deseo no puede emerger en el niño porque el Otro, sustentado sólo por la madre o el padre, desea que no asuma ningún deseo; el no deseo de que nazca o de que surja un ser deseante trunca al niño en su desarrollo y lo fija en la psicosis. Esto se verá en el ejemplo siguiente:

Renée es una niña psicótica. En el curso del tratamiento aparecieron los deseos de muerte de ambos padres hacia ella. El padre concurre a la segunda sesión con la niña en sus brazos enferma con angina y dice que la trajo así

para que la viéramos, así está tranquila, es la forma en que está bien. Se interpreta que si ella asume la enfermedad la familia está bien. En un momento de la sesión se duerme y el padre pregunta si no le podrá pasar algo cuando está dormida ya que, “Después de la muerte hay cinco minutos en que se sigue escuchando...”. Luego relata cuando él mismo estuvo muy grave y pensó que se iba a morir igual que su madre, casi de 70 años, hace 6 años. ;

Pensamos que la paciente representaba su madre muerta y que mientras permaneciera así, ni viva ni muerta, tampoco moría su madre y por lo tanto no hacía el duelo. Si se salva Renée muere su madre y también puede morir él: por su relación díd ^coii aquélla. La solución era dejar a Renée psicótica, medio muerta;

y r Para otra sesión, aproximadamente a un año del tratamiento, Renée sufre una fractura, que en un principio no fue atendida por no darle importancia, pero que luego es diagnosticada y vendada. Concorre con la madre. La niña se saca la venda, la enrolla y desenrolla. Pregunte qué se estará ocultando acá, qué hay que decir y la madre cuenta que su madre estuvo grave, un ataque cardíaco, coincidiendo con la caída de Renée.

Es como si ésta estuviera condenada a ser la enferma de la familia; si ella se lastima o se muere los demás se salvan.

Cualquiera que sea la corriente de pensamiento psicoanalítico que se desarrolle, esta corriente debe ubicarse para dar respuesta a su concepción y manejo de la transferencia, pero teniendo en cuenta que si la transferencia se puede interpretar teóricamente de distintas maneras es porque también se la reconoce como uno de los ejes fundamentales de la concepción psico-analítica, es decir que forma parte de la doctrina psicoanalítica. Es entonces cuando doctrina y teoría tienen que constituirse en método para poder desenvolverse como práctica.

Creemos que en un análisis detallado de la transferencia, ésta sigue manteniendo las características que Freud puso de relieve: como obstáculo en los “Estudios sobre la histeria”; como resistencia y fracaso en “Dora”; y como instrumento a partir del “Hombre de las ratas”.

Estos dos aspectos de la transferencia, resistencia-obstáculo e instrumento, son las manifestaciones donde juegan lo imaginario y lo simbólico. Es resistencia para el conocimiento del inconciente, en este sentido se equipara

con los síntomas, pero al mismo tiempo otorga la fuerza de la interpretación. Es del lado de la interpretación que se desenmascara la transferencia, la resistencia. Emerge el sentido y al mismo tiempo se resuelve la transferencia. Esto es lo que nos dice Freud.

En la teoría kleiniana no encontramos explicitados ninguno de los registros desarrollados por Lacan y pensamos que su teoría y su práctica deben ser revisadas más cuidadosamente, porque cuando da cuenta de un conflicto al hablar de las fantasías, también Klein da lugar al niño en la relación con sus padres. Ello significa que aun implícitamente ella trabaja con la diferencia entre lo imaginario y lo simbólico y que más concretamente en el caso Dick como dice Lacan, ella con su palabra introduce el campo simbólico y pone en marcha él proceso psicoanalítico.

No ignoramos los posibles deslizamientos en lo imaginario que implica una postura teórica como ésta. De todos modos se necesita una cuidadosa reflexión sobre el gran aporte kleiniano, que desborda el objetivo de este trabajo.

El aporte fundamental de Mannoni a partir de Lacan es la afirmación radical de que el lenguaje crea al sujeto, al escindirlo. El niño ya antes de nacer está inmerso en un universo de palabras que vehiculizan los deseos de los padres hacia el hijo y que distribuye los papeles. Esta inmersión a veces es un apresamiento (ya no sujeto, sujetado). A partir de esto ya no se puede más prescindir del discurso familiar, donde el sujeto está inscrito y habla por todos en su síntoma o en sus palabras.

Discurso enunciado pero al mismo tiempo a revelar, discurso del mito y la novela que debe, en relación con el analista desde el lugar del Otro, reinstalarse dentro de la estructura edípica. A través de esto, el hecho se transforma en acontecimiento (advenimiento), la novela se recrea ahora como historia.

BIBLIOGRAFÍA

I: FOULQUIÉ, J. P.: "La connaissance." Ed. L'Ecole.

2. KAHN, M.: "Le cadre thérapeutique de Freud." *Nouvelle Rec. de Psych*, nº 1; Gallimard.
3. LACAN, J.: "Las formaciones del Inconsciente." Ed. Nueva Visión, 1970.
4. MANNONI, M.: "El niño, «su enfermedad» y los otros." Ed. Nueva Visión, 1976.

5. MANNONI, O.: "Astolfo y Sancho." *Nouvelle Rev. de Psych.*, nº 8; Gallimard.
6. ROUSTANG, F.: "Un destin si funeste." Ed. Minuit, 1977.
7. SAFOUAN, M.: "De la estructura en psicoanálisis. Contribución a una estructura de la carencia. Qué es el estructuralismo." Ed. Losada, 1971.